

LUCAS G. CASTILLO LARA

Tema: Materiales para la Historia Provincial
de Aragua.
24 de marzo de 1977.

LA HISTORIA DE LOS PEQUEÑOS PUEBLOS EN LA
FORMULACIÓN DE LA GRAN HISTORIA NACIONAL

Por su bendito nombre

El sillón que me toca ocupar en esta Academia, está signado por la letra "D". Con ella se inicia el nombre de Dios, la mejor y más bella palabra de los hombres. No es algo nuevo para estas viejas paredes oír pronunciar el nombre del Ser Supremo. Permitidme, pues, como fiel creyente, comenzar por su bendito nombre, raíz y fin de mi ser. Gracias te sean dadas Señor y Dios mío, por tu infinita bondad. Sólo puedo exclamar como el Salmista: "Señor, no tengo el corazón soberbio ni la mirada altiva; no he emprendido un camino de grandeza que sobrepase mi cabeza. No. Yo mantengo a mi alma en paz y en silencio. Mi alma está en mí como un niño entre los brazos de su madre". (Salmo 130).

Cuando se alzaba el corazón del sueño

Hace treinta y dos años, en la más solemne ocasión universitaria de mi vida, subía a esta misma tribuna. ¡Señor! La palabra que me diste entonces, sigue hoy siendo humilde, pero igual es clara y limpia su intención. El corazón estrenaba la alegría jubilosa de los años mozos. La borla del recién adquirido Doctorado golpeaba mis sienes y una cinta roja, con su áurea medalla, me ataba para siempre a la noble carrera del Derecho y la Justicia.

Era una de esas tardes moradas de la avileña urbe, con su luz dorada teñida de cayenas y trinitarias, que se metía por estas ventanas de brocados y cortinajes

severos. Todavía la ciudad tenía unos techos rojos donde revoloteaba un rumor de campanas y latía pulsos azules el humo hogareño. Más allá de las entreabiertas ventanas, la mirada se asomaba a un Ávila de límpidos contornos, que estrechaba con su aire de morados apamates las cinturas del Valle, ajedrezado de siembras y verdes. Todavía un cucarachero solitario hacía nido en los aleros de San Francisco y el tranvía era una estampa feliz en la ciudad acurrucada para otro anochecer. Las ramazones de la ceiba, en unos mástiles de rumores, devanaban su alegre entrega de pájaros hacia la tibia oquedad del nido. La ciudad desnudaba sus cristales en la luz indecisa de la tarde. Y por un río de sombras azogadas, se iban sus naranjas iluminadas, en la fuga menuda de la sangre.

En esa angustia nazarena del atardecer, se derrumbaba el corazón del día y se alzaba el corazón del sueño. A través de la expectante mirada, tarde y seres se nos clavaban con el sueño, a martillo —sangre, a martillo— siempre. Más allá de los corredores bañados de sombra, la estatua de Vargas, en el patio, despedía con el leve gesto de sus labios de bronce a una alegre muchachada universitaria, que de repente se había vuelto seria con la nueva responsabilidad del Doctorado.

Quedaban atrás los tiempos de la juventud alegre y bohemia, trasnochadora de sueños y madrugadas, y aquel afanoso estudio por los duros caminos de la disciplina y el esfuerzo. Los días encanecieron rápidos y sólo queda en los labios la gris transparencia del aire lejano. Es la gente de afuera que se regresa dentro de uno, o es la vida de adentro que se derrama en lo circundante.

Con el corazón arrodillado

¡Señor! Cómo recuerdo esa tarde. Válgame luz de la memoria y corazón del sentimiento! Si me parece estarla viviendo no en ayer, sino en hoy. Le comenzamos a pasar la mano sobre el lomo del sueño, como para la honda caricia de la filial ternura. Desde atrás, desde la noche o desde nunca, comienzan a llegarnos sombras cargadas de eternidad, buscando con sus voces mudas que les prestemos las voces vivas de la palabra, para decirnos al oído una caricia leve de ternura. A mi lado, muy junto al corazón, seres queridos por quienes hoy doblan las campanas de la ausencia.

¡Padres! Cómo los tengo aquí vivos y palpitantes en la presencia de mi recuerdo. Si los siento uno solo conmigo y con mi sangre. Río fecundo, compañero de mis árboles interiores. No importa que las hojas vuelen en silencio, con una desgarradora sensación de ramajes vacíos, mientras el agua se va a llenar de eternidad, porque la savia guarda amorosa la memoria vivencial de su recuerdo. Memoria que subió misteriosa por la raíz primigenia de la sangre y floreció en ramazones de maduras cosechas sobre el agua buena de vuestro río. ¡Padres! Luz y centro, visión y raíz de mi mundo y mi amor. Cómo siento en lo profundo que no estén hoy a mi lado, igual que aquella tarde, para entregarles, como entonces, este lauro que Uds. me enseñaron a conseguir, con su palabra buena y su ejemplo de dignidad. Para Uds. padres, la única palabra, la sencilla de todos los días, la que llenaba de corazón a corazón el sentido entrañal de la ternura. ¡Bendición! Bendíganme desde allá arriba, que desde aquí abajo, hoy como ayer, con la misma fe y la misma ternura de entonces la recibo con el corazón arrodillado. Cuando en la tierra se oscurece un camino, alumbrá otro junto a las estrellas. La noche se rompe con el atisbo de cada amanecer, en busca de su ración de eternidad.

A ella y a ellos

Ayer estaba también a mi lado, igual que hoy, la mirada azul de unos ojos de novia, que después y siempre han sido amor y vida de esposa. Tenía en los ojos una agua clara, como porteña agua de mar, que enamoraba la dulce mirada y se diluía en su profundidad. ¡Qué sonrisa de nubes se le prendía entre los labios, cuando a ella le ofrecí el rojo símbolo del Doctorado! Igual que ahora le ofrezco, a través de ella a los hijos de nuestro amor, esta distinción académica que nos enorgullece y dignifica.

Había también aquella tarde otros seres queridos a mi alrededor. Mi venerado tío, el santo Arzobispo de Caracas y Primado de Venezuela, Monseñor Lucas Guillermo Castillo Hernández, quien hace tiempo se marchara en busca de la sonrisa de Dios. El Padre Isaías Ojeda, a quien llamé y sigo llamando mi Maestro. Estaban también mis hermanos, familiares, compañeros y amigos, que hoy como

ayer me rodean con su cálido afecto. A todos esos seres queridos de la primera hora, los que fueron y los que permanecen, y a todos los demás que encontré por los caminos de la amistad, yo los nombro y los llamo, para entregarles con mi cariño hondo este lauro académico que hoy se me discierne, y el cual ellos, con su fe, su palabra o su ejemplo ayudaron a edificar

En busca de un por qué

Por el árbol de la sangre me sigue floreciendo el sueño cuajado en el remoto devanar del tiempo. Entre un partir y un llegar siempre hay un caminar. Lo importante es que en el camino quede alguna huella, aunque sea humilde, para que no se pierda el rumbo marcado. Hasta ahí llegan mis méritos, lo demás es un gesto generoso de los Miembros de esta Academia Nacional de la Historia, que me han querido exaltar para llevarme a su alto sitial.

Uno se asoma a su pozo interior y lo encuentra tan vacío de méritos, que siente la aridez de sus yermos clamar con voces de desierto por el agua lejana. Entonces todo se vuelve enredada confusión interior en busca de un por qué. Y como no lo halla en uno, debe buscarlo en los otros. Comienza así a tomar sentido otra vez la palabra Maestro y la palabra Discípulo. Y sólo desde esta dimensión puede alguien como yo saberse miembro de esta ilustre Academia. Grande es el compromiso, pero trataré de ser discípulo de unos Maestros que han marcado huella. De ellos aprendo la mejor lección, la dignidad de sus esclarecidas vidas, la de su palabra generosa que desborda sus cántaros interiores.

Cifra y resumen

Aquí estoy por la voluntad generosa de esos hombres, que a su saber y conocimiento aúnan la bondad. Bondad ilimitada para traerme a este lugar donde si honra el sitial, tanto o más honor hace la compañía. Y es que cuando uno penetra por los caminos de su personal conocimiento, no se puede menos que admirarlos. Uno podría reverlos y nombrarlos en el pensamiento, y al instante sus ejecutorias llenan todo el cuadro y desbordan la mejor ponderación.

Podría sin equivocarme nombrarlos a todos, pero ¿cómo puedo decir de todos, en breves frases, todas sus brillantes ejecutorias sin pecar de injusto o de mezquino? Por eso permitidme centrar en uno sólo, como cifra y resumen, la valoración de toda una Academia. Y lo hago sin vacilar en su ilustre Decano, el Dr. Cristóbal L. Mendoza. Un hombre de trayectoria ejemplar, firme en su posición señera, infatigable en su labor creadora. Su palabra clara y luminosa se riega en una abundante obra, en donde florece con apasionado acento su entrañable devoción bolivariana. Lo rodea el afecto y la veneración que inspira su alto ejemplo y su digna vida. Yo me permito asomarme al umbral de su amistad *La honrosa tradición académica*

Este sillón letra "D" ha tenido una honrosa tradición académica, que inicia como fundador el notable jurista, educador y político, Dr. Julián Viso. Lo siguen los médicos e historiadores Dres. José Manuel de los Ríos y Rafael López Baralt. Más luego Don Andrés F. Ponte, investigador de indudables méritos. El Dr. Héctor García Chuecos, erudito e infatigable historiador, con una densa y meritoria labor que ilumina la historiografía colonial. Y mi inmediato antecesor, el Dr. José Carrillo Moreno, quien hizo cumplido honor a su responsabilidad académica.

Una misma querencia, la tierra

Con Carrillo Moreno, además de una vieja amistad, me unía un mismo amor a la tierra. A esa arisca y áspera, dulce y suave, agria a veces, pero siempre amada tierra que nos diera la vivencia y la impronta definidora. La de él era el alto llano, la mía, las alborotadas montañas güiripeñas del Sur de Aragua. Entre uno y otro paisaje una misma querencia: la tierra. Vista no sólo con mirada querendona, sino con pasión abrochadura de nacionalidad. En Carrillo Moreno su tierra natal adquiría una presencia vital de urgencia para darse y entregarse a ella. Es como si en cada esquina interior se le asomara su voz, y él la tomara en sus manos y la echara a volar en el aire de sus palabras, hasta rescatarla de su olvidada soledad.

Era la tierra con su barro y con su costra, con su agua limpia y su agua limosa, con sus verdes y sus tostados pardos veraneros, con su cielo límpido y su horizonte

abierto, sus nubes viajeras y sus nubazones arremansadas de tormenta. Y la tierra no era sólo el paisaje, el contorno, era fundamentalmente la gente. Los hombres con su miseria y su luz, sus profundidades abismales y su corazón a boca de sonrisa, con su pasión desgarradora, su dolor y su angustiosa espera. Era el pueblo exaltado en su propio barro común, que encendía la chispa del espíritu. Hombre y tierra se le metieron adentro, desde abajo, desde la raíz, hasta darle la reciedumbre de los árboles sabaneros que riegan sombra para cobijo de todos.

Con Carrillo Moreno también nos unió la admiración por su héroe tinaqueño: Gral. José Laurencio Silva. Cuando con un poco de atrevimiento osé entrar por sus caminos biográficos con "Viaje alrededor de una Lealtad", encontré en Carrillo Moreno la ayuda y el consejo desinteresado, el dato o la expresión clarificadora. El ya había escrito su biografía y compilado su obra documental, en "José Laurencio Silva, Paradigma de Lealtad".

La intensa actividad creadora

José Carrillo Moreno nace en El Tinaco, un 4 de marzo de 1922. Su Curriculum desgrana una intensa actividad creadora, que se inicia en los claros tiempos juveniles y sólo se detiene ante el gesto trágico de una repentina y absurda muerte. Todavía adolescente inicia sus primeras colaboraciones literarias en "Lamos Tinaqueros", el admirado Decano de la prensa cojedeña. A los 20 años (1942) publica su primer libro, "Tiramuto". Un poemario por donde su ternura se "va camino a las nubes", igual que el viejo cerro custodio de su pueblo natal. Lo siguen en corta sucesión "Glosas" y "Poemarios sin Nombre".

Lo absorbe el periodismo y colabora en todos los diarios capitalinos y muchos de Provincia. Es corresponsal de Agencias Noticiosas, Reportero, y culmina su carrera periodística como Redactor del diario "El País". Junto a estas actividades absorbentes, los afiebrados estudios, hasta obtener el Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales en 1950. Su tesis doctoral "Derechos inherentes a la condición del Menor" fue premiada por el Jurado Examinador. Con ella inicia sus publicaciones jurídicas, a las cuales seguirá, años más tarde (1969), su "Repertorio de Voces y términos Jurídicos".

Con la biografía de "Matías Salazar", obtiene el premio Municipal de Prosa del Ayuntamiento del Distrito Federal en 1956. Ante él se abre entonces el camino de la historia, a la cual se entrega con auténtica pasión. Una abundante bibliografía histórica señala la cosecha de sus siguientes años. "Pío Gil", "Canijo", "Cipriano Castro o el arrebato nacionalista".

Hemos querido señalar aparte dos temas, que se cruzan y recruzan en su producción con encendida fe: Bolívar y su Estado Natal Cojedes. De ellos podemos citar: "Perfil Histórico y Económico del Estado Cojedes" (1959), "Biografía de la Casa Blanquera" (1961), "Pao de San Juan Bautista, Ciudad Primogénita de Cojedes" (1962), "Bolívar Pastor de Profecías" (1968), "Huellas de Bolívar en Tierras de Cojedes" (1969), "Bolívar desde Cojedes hasta Carabobo" (1971), "Bolívar, Maestro del Pueblo". Culmina su pasión bolivariana con "Bolívar y el concepto de Pueblo", su Discurso de incorporación a esta Academia. En la contestación a este Discurso el Académico Dr. Virgilio Tosía, destaca esta entrañable polarización de Carrillo Moreno alrededor del binomio: Libertador y presencia de Cojedes. Ambos temas alumbran su espíritu y en sus palabras son una luz quemante. Por la tierra va el hombre en busca del río de su sangre y del fuego devorador de su espíritu. La bibliografía de Carrillo Moreno nos revela su constante e intensa actividad intelectual e historiográfica, que lo llevaron a ocupar con lujo de merecimientos el Sillón Académico.

Esa llama era la Patria

Pero hay otras facetas de su personalidad, la humana y personal, que debemos relevar aquí. Era un hombre profundamente humano, valga la redundancia, cuya actividad no se ceñía solamente al duro y celeste oficio de escritor y poeta. Era un hombre todo dinamismo que se prodigaba infatigable en la múltiple acción. El ejercicio diario de la profesión lo llenaba de intensas y agotadoras luchas. La activa participación en diversas instituciones ligadas a la Cultura, sin olvidar aquellas relacionadas con su tierra natal, a todas las cuales dinamizaba y daba vida. Cuando lo sorprende la muerte ejercía, además, la agotadora dirigencia del Inciba, tratando de abrir cauces a la Cultura. Todo ello era una forma de

manifestar su profunda vocación de servicio. Igual a como entregaba la amistad, repartida generosamente con don de señorío.

Bien dijo de él el Dr. Guillermo Morón, en una emocionada despedida póstuma, que era un "hombre-pasión", "venezolano de toda pasión". Y el mismo Dr. Carrillo Moreno decía, al referirse a Blanco Fombona, en una frase que pareciera autobiográfica: "Lo importante es que el combate lo alimentaba la llama del idealismo y que esa llama era la Patria".¹

Adentro de uno está la tormenta y la resurrección

Sin quererlo o sin saberlo, nos debatimos en un ansia de perennidad, de sobrevivencia a lo caduco de un instante. Y así queremos prolongarnos a través del tiempo, o quizás eternizarlo en busca de lo Absoluto, a lo que somos destinatarios. Nos sabemos limitados y perecederos y, sin embargo, nos sentimos peregrinos de lo Omnímodo, de que nos hablaba San Agustín. Somos carne que quiere sublimarse de espíritu, y unas veces se alza a celestes alturas y otras se baja a niveles de miseria. En esa dualidad construye el hombre su aventura terrestre.

En este loco torbellino de nuestro tiempo, la historia pareciera desquiciarse en giros cada vez más altos y más rápidos. Es como si una vorágine nos envolviera y nos arrastrara cada vez más hondo. La máquina nos automatiza y casi nos volvemos cifras o programaciones de computadoras. Es el hombre deshumanizado que vive inmerso en su horizonte material, donde sólo parecen contar unas fuerzas ciegas y brutales. Y nos sentimos desquiciados, aturdidos, ensordecidos, golpeados. Las palabras sirven entonces para gritarlas, para romperlas a puñados de sangre, para sajar a filo de cuchillo las gargantas enronquecidas. Igual como añiscamos los conceptos, los dogmas, los principios.

El resultado es esa angustia asqueante, ese escepticismo desbordado que nos quema en sus estériles llamas, esa crisis de fe que nos deja entre los labios un sabor de ceniza amarga, que escupen las voces vacías. Surgen así las almas resecaadas, sin sentido superior, sin asidero, consumidas de incertidumbre. Las que

¹ José Carrillo Moreno. *Blanco Bombona en el Panteón Nacional*. Boletín Academia Nacional de la Historia. N: 229, Pág. 32.

se vuelcan en una atomía infecunda, en una miserable valoración de lo inhumano, Y aspira entonces a calificar de realismo la fealdad, lo deforme, la desviación patológica, los meandros rugosos de una moral en ruinas.

Todos estos son caminos frustrados de negación, pero no son los nuestros. Sabemos que lo más valioso del hombre es su sentido espiritual del vuelo, de la redención del barro. Estamos conscientes que se debe romper lo inútil, la envoltura caduca, pero hay que respetar lo inmanente, porque es vital para subsistir con dignidad y libertad, como hombres, como pueblos y como nación.

Esta angustia vivencial no debe convertirnos en desiertos desolados, pero tampoco puede tapiar las ventanas para encerrarnos en cavernas de sombra, ni aislarnos en islas de pasado. Allá adelante está el sol y nos envuelve un aire limpio de viejos aromas. Es como si volviéramos allá arriba, adonde estaban los árboles y los cielos se llenaban de arcoiris, pero encontramos que alguien había cortado los sueños y los horizontes se habían ennegrecido. Y de repente descubrimos que allá dentro de uno, estaba el color que pintaba arcoiris y los retoños que temblaban en la ternura de cualquier amanecer. No afuera, sino dentro de uno, está la tormenta y la resurrección. Vivimos en este hoy quemante y desorbitado, pero también bullente de promesa, ávido de justicia, palpitante de cambios. Irremediablemente estamos sumergidos en él y no podemos evadirnos, sino marchar con su realidad. Es preferible pecar por dar el frente, que pecar por dar la espalda. No podemos erguirnos a la orilla del tiempo viendo fluir la historia. Formamos parte de ese tiempo y de la historia que se hizo en su transcurrir. Porque la historia es una realidad que se está realizando. Y en esa realidad, que participa del barro y de la celeste aventura, estamos proyectados los hombres para construir nuevos cielos y nuevas tierras.

Nosotros tenemos fe en el hombre, en su condición de ser libre, en su dignidad, en sus altos valores espirituales. Por más que se ennegrezcan los horizontes y amenacen las sombras, siempre hay luz encendida, aunque sea pequeña la llama o la chispa se abroquele entre las brasas.

Porque creemos en ese hombre total, en su condición superior de forjador y

dominador, afirmamos con renovada fe una historia y una tradición que arranca de las raíces fundamentales de ese ser humano y se expande en oleadas cada vez más amplias, hacia un perfectible destino de superación espiritual.

Hombre, sólo hombre

Alguien dijo que cada hombre es el compuesto de todos sus instantes, el resumen viviente de todo lo que ha hecho o dejado de hacer. A cada momento el hombre edifica su historia, a medida que construye su tiempo. La suma de esos tiempos individuales, entretejida y determinada por la comunidad donde le toca actuar, nos da la medida total de su historia social, política, económica y cultural. No concebimos la historia como un frío recuento de hechos, ni una tabla de datos y cifras. Ni tampoco creemos en una historia sublimada de leyendas y sueños, construida sobre retazos multicolores de mágicas ficciones. Creemos sí, en la historia que desenvuelve al hombre en su totalidad, en toda su dimensión. No como lo soñamos, ni de la medida exacta de nuestra propia conformación ideológica. Lo juzgamos y concebimos tal cual es, con todo lo que él representa de carga afectiva, pasional, psicológica, cultural, económica, social y religiosa. Ni grande ni pequeño. Hombre sólo hombre. Que emerja con sus propias palabras de su contexto espacio-temporal.

Al historiador de hoy en día no le basta una sola dimensión, la del tiempo. Necesita asomarse y subsumirse en la profundidad de la dimensión hombre. Hay que remontarse por todos los pulsos que avenan el substrato donde se asienta el ser humano y ahondar hacia sus raíces nutricias en busca de la veta interior. Allí están escondidos en profunda mina los motivos, los pensamientos, los procesos de conciencia, las pasiones y sentimientos que el hombre no vertió en su palabra y por tanto no registró la tradición oral o escrita. Son campos cerrados para el historiador, que no puede sino adivinar o tratar de construir, a veces encajando en las huidizas líneas, a veces falseando el modelo auténtico. La historia no puede conocerlos exactamente, pero tampoco debe despreciarlos.

Al filo de esa mirada

La historia son las cosas grandes, pero también las cosas pequeñas. Se ocupa del hombre en toda su magnitud. Por fuera y por dentro. Los hechos trascendentes y aquellos que juzgamos sin relieve. ¿Pero quién puede aseverar sin sombra de duda, que no han sido importantes en el desenvolverse de la historia esos sucesos intrascendentes, esos hombres sin color violento de héroe, o esos pueblos o aldeas interioranas que moldearon su vivir? Vista desde su propia perspectiva, la historia general cede el puesto a su pequeña historia. Y ésta, bien mirada, es parte de la gran historia, que nació y se alimentó por los mínimos canales de unos hombres anónimos, que en su pequeño medio social construyeron la historia vital de la Nación.

En este mundo afiebrado de ecuaciones de angustia, pareciera casi una incongruencia revivir el pasado de unos apacibles pueblos, de unas modestas aldeas. Aunque bien pensado, ¿no será allá al filo de esa mirada, donde podremos hallar el secreto de la paz que no encontramos? Destrenzar ese hilo de conciencias, no es volver el rostro al presente, sino querer situar mejor esta quemante realidad que nos circunda. Cada generación se siente a si misma el centro de la Humanidad y se juzga la única creadora o la única víctima, pero atrás podemos encontrar los pedazos rotos de nuestro espejo o los hilos donde comenzó nuestra tela.

Los pequeños pueblos en la forja de una historia

La historia la hicieron todos los hombres y todos los pueblos de esta tierra, aun los más escondidos y humildes. Cada uno tiene su parte, pequeña o grande, en ese quehacer, del cual con frecuencia desconocemos su trascendencia. Los ejemplos sobran. Apenas nos referimos a la propia experiencia historiográfica. San Casimiro y el Gral. Ramón Guerra, el verdadero táctico de la Revolución Legalista. Su actuación militar en aquella revolución cambió los destinos de fracaso a triunfo. Pero para comprender a Ramón Guerra hay que estudiar su querencia nativa.

La Grita, con la gran aventura de Don Francisco de Cáceres, Padre dador de

pueblos, que al estructurar su Gobernación del Espíritu Santo echaba las bases primigenias de la nacionalidad. ¿Si otro hubiera sido el signo conquistador, por dónde correrían los hitos geográficos, o el sentido vivencial de esa tierra? Allá mismo Monseñor Jáuregui, con su famoso Colegio del Sagrado Corazón, educando juventudes que después serían las clases dirigentes de la patria, con influencia determinante en su destino. ¿Y de dónde, sino de aquel Maestro, les vendría aquella raíz de urgencia que se les elevara en el pedazo entrañable del terruño y les quemara las palabras?

Calabozo y su lucha tenaz por existir bajo el sol, que rompe el latifundio ganadero frente a los poderosos terratenientes y expande la frontera pobladora por la voluntad de unos hombres libres. San Sebastián de los Reyes, con su trashumante corretear, avanzada e irradiación del poblamiento hacia el Sur. El inicio de la economía ganadera en un llano de soledad y de ávidas promesas, que se puebla de rebaños y de hombres que construyen pueblos. Su pequeño Cabildo, tan diferente del caraqueño, que mantiene incólume su dignidad aun con un solo Regidor, resistiendo las invasiones jurisdiccionales del prepotente Ayuntamiento capitalino. Un amplio acontecer que marca historia, entre un abandonar y un fundar nuevos muros, hasta que llegan al asiento definitivo.

Si no comprendemos la presencia subterránea de esos pueblos en la forja de una historia, no alcanzaremos a determinar la verdadera dimensión de unos acontecimientos nacionales que, con frecuencia, esconden sus "por qué". Ensayaremos explicaciones, sin hurgar en la honda realidad de los hechos, escondidos a veces, en la vida anónima de cualquier pueblo provinciano.

Su partecita en la gran historia nacional

Estos pueblos son reservorios de historia, viva y palpitante, que está pidiendo a gritos su partecita en la gran historia nacional. No una historia aséptica o etérea, libre de contaminaciones o deformaciones. Como todo quehacer humano participa de lo bueno y de lo malo, de la virtud y el vicio, de lo perfecto y lo imperfecto. Pero de la mezcla de estos dos polos en que se debate la vivencia del hombre, se

tiñe de real y cierta la historia. No podemos despegarla de su economía primaria para hacerla aérea, ni podemos enraizarla como árboles inmutables al substrátum de una relación económica como único basamento de su vivir, olvidando los claros cielos del espíritu.

Eso mismo lo expresaba en bellas frases ese gran señor del pensamiento y la palabra, Don Mario Briceño Iragorry, cuando reclamaba: "un cabal conocimiento del itinerario que siguió el alma española al entrelazarse con las mil influencias sociales que produjo la Colonia, difícil de investigar cuando se ignora el dédalo de las fuerzas económicas e imposible de entender cuando se olvidan las normas del espíritu que enrumbaron aquellas fuerzas".²

No es sólo el tamaño de la aventura o de la gloria

Cuando estudiamos un pueblo no podemos verlo como una cosa sintética, alojado en marcos irreales. Un pueblo es algo vivo, encuadrado en un medio telúrico que lo conforma, que vibra de pasiones y odios, de querer e ideales. Algo que está agarrado y solicitado por todas las aventuras espirituales de su época, y sometido a la problemática económica de donde nutre su savia. Donde el hombre actúa en el gran escenario de su medio físico, que a su vez lo condiciona, pero al cual domina e impone con su inteligencia hasta recrearlo.

La vida no es solamente lo extraordinario, lo heroico, lo que tiene el tamaño de la aventura o de la gloria. Es también y fundamentalmente lo cotidiano, lo anecdótico, lo pequeño, el pan y sudor de cada día. El hombre no vive permanentemente en las nubes, puede volar a ratos pero siempre asienta sus pies en la tierra. Por eso la historia que ese hombre traza en su existir, tiene que participar fundamentalmente de ese "substratum", antes de elevarse en vuelos de nube. Tiene que machucar la vida en sus menudos acontecimientos, antes de que emerja lo heroico por sublimación del espíritu. En esta dicotomía del hombre radica lo fundamental de su aventura.

² Mario Briceño Iragorry. Palabras Liminares. *Orígenes de la Hacienda en Venezuela*. Boletín del Archivo General de la Nación. N° 113. p'ag. XIX.

El diálogo no es con nosotros, es entre ellos

En la valoración de los pueblos provincianos, como señalamos anteriormente, no debemos olvidar al hombre; que es a la vez su autor, actor y público. Pero al juzgarlos, al tratar de penetrar sus intenciones, no debemos verlos con ojos de presente, sino encajarlos en el contexto espiritual que les tocó vivir. Dentro de las sollicitaciones que lo cercaban y asietado por todas las corrientes de vida y espíritu, que lo cruzaban en su pequeña parcela provinciana.

En toda historia, junto al relato de los hechos, hay un testimonio de vida que es menester comprender. Y en esto no podemos olvidar, que el diálogo de esos personajes no es con nosotros es entre ellos, que podían entenderlos según su propia mentalidad. Sus palabras, sus ideas, su carga afectiva o pasional, su fe, sus peculiares sollicitaciones, no las nuestras, son las que forman su historia. No podemos cambiarlas o valorarlas según nuestro actual criterio, sino tratar de entenderlas en la vigencia de su propio clima vivencial.

No en un color ni en una ventana

Con frecuencia hemos escrito la historia por una sola vertiente y de cara a un solo objetivo: Lo hazañoso y lo heroico. Era muy explicable esto porque la hazaña fue el primer deslumbramiento en el despuntar de nuestra historia. En la conquista o en la independencia, lo heroico fue un vivir ordinario del hombre. Y desde entonces así fuimos los venezolanos: Nos colocamos más cerca del Quijote para darnos, que de Sancho para recibir.

Pero no es sólo la historia política o la guerrera de esos pueblos, con harta frecuencia desconocida, es también su historia social, económica y cultural. Es en suma la manifestación total de la vida de esas poblaciones interioranas, la que debe estar presente en la gran historia nacional.

Esa historia la hicieron en definitiva todos esos pueblos y todos esos hombres. No la hicieron unos pocos hombres y contadas ciudades. La realizaron con sangre y corazón muchos hombres y muchos pueblos. Anónimos y callados. Silentes entre el polvo de los tiempos, a pesar de que gritaban su verdad, la que aprendieron en

la cadena interminable del duro ejercicio del hacer. Ahí está la definición de Venezuela. No en un color ni en una ventana, no en un paisaje ni en un solo espíritu. Sino en todos los hombres y todas las tierras comprometidos en su razón de ser y existir.

El común denominador caraqueño

La historia de Venezuela ha sido con frecuencia la historia de Caracas, proyectada al resto de la tierra adentro y de allí volvía a refluir en oleadas apagadas. Sólo en el período heroico de la independencia, cuando la patria camina en los pasos de Bolívar, adquieren vigencia de primera plana los pueblos interioranos. De resto la caraqueña urbe, por ser cabeza, absorbe la historia, a tal punto que los historiadores con frecuencia se olvidaron, que la Nación tenía otros pueblos cuya historia mancomunada integraba a la vez la gran historia nacional.

Y cuando hablamos de esa historia pueblerina y provinciana, necesaria y vital para la comprensión de la gran historia, no nos referimos sólo a la época guerrera e independentista, sino también a su pasado colonial. Con pocas excepciones no hemos tomado en cuenta sino a Caracas, para hablar, por ejemplo, del Ayuntamiento y su papel en la formulación de la conciencia nacional.

No eran similares las condiciones, las políticas y los hombres de Caracas y La Grita, de Calabozo y San Sebastián o de cualquiera otra población. Ni los mantuanos y oligarcas caraqueños, con su enredada trama familiar, podían compararse en un mismo pie de igualdad social, de poder económico, a los comerciantes, funcionarios de segundo orden, medianos y pequeños ganaderos, hacendados y aun conuqueros, que constituían la primera línea de poder en esos pueblos interioranos. Los separaban abismos económicos, políticos, culturales y sociales. Y sin embargo, unos y otros eran las clases dominantes en sus respectivas jurisdicciones. Era diferente, también, el modo de enfocar la vida, de conducir su conducta, de encarar los variados problemas que les deparaba el medio telúrico y social en que les tocaba actuar.

Lo que decimos de estas capas socialmente más fuertes, podemos también aplicarlo a los otros estamentos sociales del país. No era igual la calidad ni el

modo de vida de un negro de las costas lacustres de Trujillo, de un negro ganadero en Apure trabajador de hato, de un negro pescador oriental, comparado con los esclavos de Caracas o de los valles centrales. Había matices y formas de vida que los diferenciaban. Lo mismo podría aducirse de los pardos, donde era más notoria la distinción, o de cualquiera otra mezcla de razas. Sin embargo, no se han resaltado estas particularidades, sino con frecuencia se ha pretendido englobar con una mirada caraqueña a todos esos problemas y se los ha generalizado con un común denominador, que tiene su definición en el prototipo caraqueño.

La impronta interiorana

Otro aspecto que debemos tomar en cuenta es la influencia, que ya apuntábamos, de los hombres de provincia en la formulación y conducción de los destinos nacionales. Desde Páez hasta los más recientes mandatarios, muy pocos han sido caraqueños. Traían en su bagaje la impronta interiorana que les marcó su lugar nativo. "Allí nutrieron su personalidad, conformaron su pensamiento, moldearon con tradición y palabras viejas su sentido vital de permanencia. Cuando un día surgen en la gran escena, llevan a cuestas un bagaje que arranca de sus lejanos pueblos, de aquella pequeña historia, vivida y sentida, que nutre sus íntimos pensamientos. La gran ciudad podrá cambiar o modificar conceptos, añadir y pulir, pero la fisonomía vital le viene de aquella raíz".³

Hay que darle la palabra

La provincia, anímica e históricamente, siempre ha estado en un complejo de inferioridad frente a la Capital. Ahora cabe llegar a restablecer el justo equilibrio, en que sin desconocer "el ejemplo que Caracas dio", tome en cuenta en el fiel de la balanza, el aporte fundamental de las otras porciones olvidadas de la Nación. Hay que darle la palabra a los pueblos provincianos y ponerlos a contar su pequeña

³ Lucas G. Castillo Lara. *La Grita. Una ciudad que grita su silencio*. Caracas, 1973. Págs. XVII y siguientes.

historia. Echarlos a caminar junto con sus hombres, para que alguien repita a los otros hombres, sus hermanos de sangre y tierra, la honda verdad de sus escondidas sendas.

Una moderna orientación se mueve en este sentido, en la cual participan valiosos pensadores e historiadores nuestros. Uno de ellos afirma a este respecto: "No se ha estudiado el proceso de los Cabildos en las otras Provincias, sino de modo superficial"... "Está por escribirse, así mismo, la historia de cada ciudad".⁴

Yo agregaría, que está por formularse la historia de cada pueblo. Hasta que no conozcamos esa mínima entraña, no sabremos exactamente lo que fuimos y lo que somos y por ende, hacia dónde vamos. Cada uno tiene su matiz peculiar, su fisonomía distinta o su acento especial. Es la ley de la vida esa diferenciación, que gira a la vez dentro de la fuerza centrípeta de la unidad. Esa unidad no es sólo la organización, la institución, lo jurídico, es su esencia de pueblo, lo psicológico, lo que podríamos llamar su alma.

"Porque la historia es, en efecto, -como decía uno de nuestros Académicos-, la proyección de la vida real; la resultante de su desarrollo, la verdad cultural de la sociedad y del hombre, concretizada en los instrumentos -orales o escritos- mediante los cuales ese mismo hombre y esa misma sociedad, inclinados sobre sí mismo, han marcado sus propias huellas en el pergamino o en el papiro del tiempo".⁵

La estampa lírica

Muchos de nosotros tenemos abroquelado a las más íntimas y claras vivencias, la estampa del nativo pueblo o la del que adoptamos como propio. Permitidme la licencia de contemplarlos en la lejanía, con su aire anochecido por los años. El pueblo ha escondido el reloj del tiempo y otra vez lo sentimos como ayer. Nada ha cambiado. Todo es igual. La ternura de los tiempos idos resbala por los ojos húmedos y entonces uno siente como la sangre crepita en las palabras. Adviene así la estampa lírica de un pueblo que se transparenta en la sentida evocación.

⁴ Guillermo Morón. *Historia de Venezuela*. Tomo IV. Págs. 145 y 147. Caracas, 1971.

⁵ Joaquín Gabaldón Márquez. Estudio Preliminar. *Descubrimiento y Conquista de Venezuela*. Tomo I. Pág. XXIII. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1962.

Aquellas mañanas mansas de paz de floresta y alebrestar de chicharras. Aire limpio, algarabía de pájaros, aroma de campos en flor. Uno se hundía en la soledad del pueblo como en un remanso de aguas claras. El campanario de blanca estampa. La calle de soleado mirar a las ventanas, los postigos de trémulo aletear hacia el aire. El presentir de voces tras las ventanas cerradas. Las líneas geométricas encerrando el cuadrado de la plaza, donde unos niños ensartaban con sus voces el silencio de la mañana. Los pájaros revoloteando en los ramajes de los árboles y algún perro callejero desperezando sueños en la calle de sol.

Aquella fragua del mediodía que cocinaba el empedrado. Las pestañas de los aleros marcando sombras en los blancos muros. El manso burro que cosía con sus pasos la desierta calle. Las hojas inmóviles y los remansos quietos de la quebrada donde unos Caballitos del Diablo rompían los vidrios del agua con su travieso patinar. Por las tardes las nubes fatigadas de su inquieto caminar, se acostaban sobre los cerros. Uno sentía al pueblo desperezarse lentamente y ascender en el humo sobre los canos tejados. Las calles se volvían tristes con una soledad acongojada y una luz violeta se dormía entre sus brazos. El pueblo se sumergía calladamente en la noche. Una nostalgia viajera se clavaba en las miradas. Paz recoleta de las esquinas dormidas. Estrellas desmigajadas en el agua. Y allá entre las sombras los nombres que uno siempre nombra, muy quedo, para que no, se duerman en el recuerdo.

El pueblo no era sólo casas y calles, muros, plazas e Iglesias. Era todo eso, pero principalmente hombres. Con sus problemas y sus angustias, sus alegrías y sus risas, sus rencores y sus fracasos. Sus quehaceres, ambiciones y luchas; su bondad y egoísmo; sus lágrimas y odios. Su música, los versos de sus poetas, sus rezos, el verbo encendido de sus profetas. Todo eso y mucho más forma el pueblo. Primero y siempre es la tierra. Después y todo es el hombre. Una y otro desembocan en el mismo quehacer. Levadura para el pan ácimo de la historia. Lección permanente en la escuela del vivir. Durmiente entre la noche y el alba, el pueblo espera la promesa.

No exaltamos un pintoresquismo pueblerino

No vaya a pensarse que tratamos de exaltar un pintoresquismo pueblerino, ni ficciones irreales de mágicos coloridos. Juzgamos sí, que hay algo profundamente lírico en esos pueblos, en la emoción de sus paisajes, de sus muros y de su gente. Una realidad poética que merece cantarse con líricas voces, ciertamente mejores que las nuestras. El juego de imágenes para encerrar o sugerir, no está reñido con la historia. Este concepto lo expresaba en bellas y exactas frases uno de nuestros Académicos, cuando decía: "Si la historia es una reconstrucción del pasado, no basta la más copiosa erudición para que sea vida de hoy la que ayer dejó de ser; requiérase del poder recreador del poeta, del sentido selectivo del artista, junto a la capacidad de exégesis, porque en la historia, como en la vida, tanto vale recordar como olvidar"⁶ Igual idea expresaba, con la misma justeza, otro de nuestros Académicos al afirmar; "Sin el pincel del artista, el pasado ni revive, ni puede ser reinterpretado. El documento es frío, mudo como la lápida marmórea, la estela de granito, la estatua de diorita, el antiguo esqueleto que se descubre en el montículo. El historiador interpreta todo esto y busca explicaciones. Pero, si, además, es artista, todo adquiere de nuevo vida".⁷

Junto a la visión poética de nuestros pueblos provincianos, o mejor dentro de ella, se afinca un conglomerado humano desprovisto de afeites y adornos. Recio, batallador, sufrido, pero anónimo. Grupos sociales que han construido con su esfuerzo tenaz y callado, y lo siguen haciendo todos los días, su porción pequeña de patria. Estos hombres y estos pueblos, sin color ni rostro, viven encorvados sobre el trabajo, bajo el sudor caliente. Ante su horizonte reducido, frente a la vida dura y machacona, no les alcanza el tiempo para decir o contar, sino para sobrevivir.

¡Quién gritará sus voces sino el silencio! ¿Quién llenará los labios de su historia con la sencilla rumia de sus voces, masticadas una y otra vez en la oscura comunicación de sus vidas, repetidas y multiplicadas en su tradición oral?

⁶ Luis Beltrán Guerrero. *Biografía e Historia*. Discursos de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia. Tomo IV. Pág. 330. Caracas, 1966.

⁷ Ramón J- Velásquez. "Prólogo a Historia de Puerto Cabello". J. A. De Armas Chitty. Caracas, 1974. Pág. 7.

Necesitan de alguien que haga llover las palabras sobre la arcilla requemada de sus sueños. Sea de ellos y surgen los propios profetas, sea de fuera y se restablecen los pulsos comunicantes. Entonces, sobre los hombres y los pueblos anónimos y olvidados, se romperán los silencios y surgirá la palabra de su fértil vida, comunicada y transfundida a las otras historias hermanas para integrar la historia nacional. Por ahí va el camino y el propósito, que no completará un hombre sino muchos historiadores. Uno de ellos, distinguido Académico, afirmaba en definitivas frases: "Por eso el amor de la tierra chica ha corporizado siempre el origen primario del amor a la Patria".⁸

El canto iluminado de las patriecitas

Por el río grande de la historia va el agua viviente del pueblo, clara o barrosa, mansa o creciente. El de las ciudades y el de las pequeñas aldehuelas mínimas de la gracia y el lucero. En busca de esa argamasa para la historia de la patria grande, nos hemos lanzado a rescatar las historias olvidadas o desconocidas de tierra adentro. Miradas unas a través de su paisaje que enamora, entrevistas otras en los hechos de su menudo acontecer, reunidas todas en la concepción global de nuestra Venezuela. En esas patriecitas, hemos querido encontrar el canto iluminado que se difumina en sus apagadas voces, para construir sonido sobre sonido, y corazón sobre esperanza, la polifonía majestuosa de su coro total.

No somos advenedizos en este hurgar y demostrar la pequeña historia de los pequeños pueblos y ciudades provincianas. Los amamos con entrañable pasión nacionalista y queremos darle su vigencia plena, no a través de nuestras voces, inhábiles para ello, sino mediante la comprensión general de todos los venezolanos, que deben aprender a saberlos y sentirlos como suyos propios.

Así hemos escrito con pasión venezolana de otras tierras, que no son nuestra tierra por vivencia de nacimiento, pero que son nuestra raíz venezolana por definición de lo nuestro.

⁸ Carlos Felice Cardot. *La Ciudad y su Cabildo*. Boletín de la Academia Nacional de la Historia. N° 206. Pág. 195.

Hemos creído cumplir un deber con Venezuela, al tratar de orientar la producción historiográfica hacia los caminos que pasan por la tierra adentro, para destacar las extraordinarias vetas que están ocultas a las miradas venezolanas. Llámense La Grita, San Casimiro de Güiripa, Los Teques, Cumaná o Calabozo, todas son nuestras hermanas, apegadas con pellejo y sangre a los huesos de la misma tierra. Ellas quieren su partecita limpia en la historia nacional.

La común cosedura que es Aragua

De tanto ensartar pueblos en la aguja de las palabras, recogidos casi al acaso, como para coserlos a la historia espiritual de los venezolanos, surgió la visión de mis pueblos aragües, unidos en su paisaje y en su historia. Todos se entrelazan con un destino común en las manos claras y limpias de la hermana mayor: Aragua. El corazón es puente que tendió la alborada, para apretar caminos en la vocación unitiva de la espiga y de los vidrios del agua. Hermano, hermana, dadles paso, que su mirada enamorada anuda anhelos. Esos pueblos ya no son entes aislados o islas autárquicas, sino vasos comunicantes de una misma sangre, que fertiliza y enciende unos mismos pulsos, se echa a volar con unos mismos sueños y termina por sembrarse o volar en el mismo denominador común de su Hombre.

Del pueblo o la Aldea a la Provincia, del terruño regional y provinciano a la Nación. Así nace esta comprensión de la tierra toda, dimensionada y expandida de punto a círculos concéntricos, hasta refluir otra vez a su imaginario partir. Desde ese punto ideal, donde la pedrada del hombre aragües rompió el primer sueño del agua, la onda de vida y de historia se trasmite concéntricamente de pueblo a pueblo, de pueblo a Aragua, de Provincia a Venezuela. Volvamos al punto de partida de los pequeños pueblos aragües unidos y hermanados por la común ligadura que es Aragua. Por allí comenzaremos su historia, la de su tierra y la de sus sueños.

La vivencia del terruño

Como todo pedazo de patria el terruño es una vivencia. Aragua comienza por

ser un sentimiento. Sueño que se abrocha muy adentro. Pero antes y siempre es una realidad. Fuerte. Vigorosa. Total. Un paisaje: Valle y Costa. Montaña y Llano. Un hombre: transido y afiebrado. Como la tierra abierto y como la tierra encerrado. Aragua es eso. Hombre y terruño. Paisaje y sueño.

La tierra y su paisaje venían desde siempre. El hombre y su historia se formaron después, pero tan entrañablemente unidos a lo telúrico, que éste condicionó su quehacer. Lo geográfico no determina al hombre, pero influye en su historia. Por eso la tierra está muy cerca de la sangre, tanto, que el paisaje es el primer trasfondo de su historia.

Por antonomasia Aragua son los Valles, que desde Tejerías se deslizan agargantados de verde entre cerros ocres. Es un cuerpo estilizado de cañas y espigas, que se coge todo el sol y lo reparte de tarde a mañana por su mestiza piel. Y entonces es el país de los verdes dorados y los cerros de cobre. Más allá del abra de San Mateo el Valle redondea la plenitud de sus caderas y la tierra se hace amorosa entrega en el sexo líquido de su laguna. Los cerros, como muslos mitológicos, alzan en el aire sus músculos de piedra y las montañas azulean de lejanía, para guardar el dulce misterio de la entrega.

Arruga y voz para el materno abrazo

Pero los Valles no son toda Aragua. Hacia el norte está la Costa con los pueblos marineros asomados a su Caribe mar. Azul y deslizante de espumas y profundidades. En la Sureña tierra, San Casimiro de Güiripa se acurruca entre montañas y un San Sebastián, repartidor de Pueblos, se recuesta a los piedemontes galeranos, junto a un río Guárico que va sembrando vida en cada revuelta del agua. Cuando en la llanura se alisan los últimos marutos de la tierra, se asientan Camatagua, Taguay, Carmen de Cura y Barbacoas. El límite extremo de una Aragua que se asoma tímidamente al llano.

Una humana geografía venezolana se acoge en el abrazo de la geografía aragüeña, antes de hacerse palabra de silencio y ternura en el compromiso definitivo de todo nido. Desde ese instante Aragua fue madre para la caricia, y

arruga y voz para el abrazo. Desde ese instante Aragua no fue para los aragüeños sino para toda Venezuela. No la podemos comprender sino es en función de dar y repartirse en la entrega. Se nace en la tierra o se llega a ella de todas partes, y es como si siempre el corazón se hubiera recostado a sus raíces o refugiado en sus muros amparadores. ¡Por qué Aragua habrá escogido este destino de nido! ¡Eso de abrir los brazos para que le quepa toda la gente de otras partes! ¡Eso de extender las ramazones de su árbol para llenar de sombra fresca el patio de la casa ajena! ¡Eso de saberse patria en cualquier pedazo de compañía urbana o de soledad de campo! ¡Eso de saberse voz con las otras voces y río con las aguas que vienen de cualquier cielo! Así toma Aragua a toda la tierra venezolana, para sentirla y para amarla, para comprenderla y quererla, para darse y para abrirse.

Agua linda, como el nombre

Eso es Aragua, Agua linda como el nombre. Un agua que es camino o por lo menos lo vive en su constante fluir. O como el aire que estalla maduros amarillos en los araguaneyes florecidos. O como el chaguaramo conversador de nube y brisa. Así es Aragua. Caminante y detenida. Sobre la tierra o entre las nubes. Junto a los hombres o cerca de Dios. Igual que el corazón apuñado para apretar la fe o como la palma abierta de la mano para entregar la esperanza.

¡Aragua! ¡Suenan tan dulce la palabra! Como si se abriera entre lengua y labio un sabor de espiga y canto. De soles sabios y maduras aguas. De brisa limpia y frondoso árbol. ¡Te nombro y te llamo! ¡Aragua!, y es como si dentro nos alumbrara una tibia sonrisa de madre. ¡Aragua! Por tu costa y por tu llano, por tu valle y tu montaña, cruzan claros nombres de mi sangre. De allí viene el hilo de mi savia, la blanca cal de unos huesos que me dio la tierra de mis padres. De allí salta ese rumor clamoroso de voces ancestrales, que me clavan a su vital espacio, que me encienden de paisajes la lumbre güiripeña de estas palabras.

Si me fuera dado hacer un pueblo perfecto

Venimos del Sur de Aragua. De San Casimiro de Güiripa, un pueblo montañoso e interiorano, donde la desigual geometría de sus calles rivaliza con las golondrinas que rayan con sus curvas el cristal del aire. Si me fuera dado hacer un pueblo perfecto, no como arquitecto, sino como paisajista del corazón, lo haría como mi pueblo. Pequeño y humilde, sin cosas sugestivas que ofrecer, salvo el corazón que siempre entrega en la paz de su blanca estampa. Por eso tiene un algo que agarra y atrae, un carisma especial que nos envuelve. En la cercana aldehuela de Güiripa hundimos nuestras raíces. De allí viene nuestro ser y nuestra sangre. La savia vieja de la tierra, mezclada con la savia acendrada del pueblo, asciende por los pulsos de la propia historia. De una historia que arranca de la pequeña parcela donde Dios nos colocara. Se expande con devoción a la aragüeña tierra y cubre con amoroso desvelo la totalidad de esta gran Nación, que queremos y llamamos Venezuela.

Nos sentimos y sabemos parte vital de su acontecer. De lo que fue y de lo que es. De lo que pasó y de lo que está por venir. Estamos unidos irremediamente a su destino por lo que somos o lo que seremos, pero también y fundamentalmente por lo que fuimos. Ahí está el secreto de nuestra propia identidad de venezolanos. No la podemos desconocer so pena de traicionarnos o caricaturizarnos.

Hay que poner a vivir a los muertos, para que los vivos no se mueran

El hombre no se construye solamente de un hoy. Se construye, quiérase o no, con semilla de presente en tierra de pasado. No nacimos como parias al conjuro aséptico de una probeta de laboratorio, ni venimos dando tumbos ciegos por los pasos de la historia. Tenemos una clara huella donde afinar los pasos para que el rumor se vuelva grito de futuro. El ayer nos llama con sus voces, nos ataca con sus palabras, nos liga con sus nombres. Voz, palabra y atadura, tienen un significado trascendente en la tradición. Una tradición proyectada en sus más puros lineamientos hacia el porvenir. No son ladrillos estáticos, afincados inmóviles bajo

los cimientos, es la dinámica móvil de un río con su paisaje idéntico de árboles, montes y riberas que cambian de color y forma frente al fluir eterno de las aguas de la vida.

Por eso en la historia hay que poner a vivir a los muertos, para que los vivos no se mueran. Porque, como decía Chesterton: "La tradición es la democracia proyectada hacia atrás". "Aceptar la tradición es tanto como conceder derecho de voto a la más oscura de las clases sociales, a la de nuestros antepasados".

Igual que los hombres, la historia se vuelve mestiza

Esa realidad geográfica y humana que es Aragua, es también una realidad histórica, presente desde los mismos inicios en la formulación de los estamentos nacionales.

Es una historia que arranca con las tenues huellas de las autóctonas civilizaciones indígenas, apenas impresas en el lenguaje de las cosas inanimadas. Como aquellas estatuillas de Tacarigua, que un notable indigenista nuestro describe tan hermosamente en su simbología: "... palpa, hermano, la pomposidad de sus caderas, el estiramiento doloroso de su vientre, el enarcamiento angustioso de sus cejas en función de creación, y palpa también, hermano, la menuda fragilidad de sus erguidos senos, apenas insinuados, porque la mano alfarera quiso decir que aquella Madre prosigue siendo Virgen y proseguirá eternamente siendo Madre... "?

Esas civilizaciones no dejaron una tradición oral, ni menos escrita, que relata sus aconteceres, y sólo puede uno asomarse al misterio de ese mundo por las rendijas que nos abren las investigaciones antropológicas. En los relatos posteriores de los Cronistas Españoles no se cuenta esa historia, sino la descripción de modos de vida y de costumbres hechas con ojos, pensamientos y lenguaje occidental, antípodas de lo indígena. Por eso la historia recién comienza con la primera vela que rompió el azul. Con la primera mirada que desnudó asombros. Con la primera voz y los primeros pasos de los nuevos hombres que llegaban del mar. En la aparición de esos antepasados españoles se inicia el contar de la historia. Una historia que a poco andar se vuelve mestiza, igual que los hombres. Tres cantos se me unieron/ En la voz de la mañana/ Voz de guarura

indiana, / En doliente añoranza./ Voz de la sangre esclava/ En el clamor de mi Aragua./ Clara y luciente palabra/ De la gente castellana./ Todas se me reunieron/ En el pulso de la sangre./ Ya no hay cobre ni noche,/ Ni blanco color de alborada./ Todo el metal se hizo bronce/ En el color de la llama.

Materiales para la historia provincial de Aragua

Los pueblos en definitiva no son entidades separadas, sino que los va uniendo un lazo común, que es la Provincia. La ubicación geográfica, la vecindad, los vínculos administrativos, políticos, económicos y sociales, van creando una impalpable cadena de intereses comunes. En definitiva termina por arroparlos una misma historia, que los proyecta en un objetivo común. En tal razón, sobre la base de esas células primarias que son los pequeños pueblos aspiramos a relatar la historia regional que los vincula. Surge así la historia de la Provincia, en este caso y por mi vinculación natal, la de Aragua. Dentro de esta perspectiva regional, trataremos de orientar la historia de ese quehacer mancomunado de todos sus pueblos.

Es imposible recogerla en el breve transcurso de este Discurso, pero laboramos activa y arduamente en ello. No pretendemos decir toda la historia de Aragua, apenas juntamos unos cuantos ladrillos para que pueda cimentarse la vieja casona colonial. Es un trabajo que denominamos ambiciosamente "Materiales para la Historia Provincial de Aragua". Permitidme un pequeño esbozo para dar una ligera idea de sus alcances, que comprende sólo las líneas firmes de trabajo.

El ámbito: La tierra y el hombre. Desde las primeras miradas españolas a tierras aragüeñas y su caminar por la tierra adentro. La conquista y el asentamiento.

La primera base: Tierras y encomiendas, en la Costa, los Valles de Aragua y San Sebastián.

La parcela humana: Los primeros poblamientos: San Sebastián, La Victoria, San Mateo, Cagua, Turmero, Choróní"

El ingrediente necesario: La economía de subsistencia.

La vida ciudadana: Cabildo de San Sebastián, Regidores, Elecciones aun con

un solo Edil. La lucha para mantener intacta la población y defender sus derechos jurisdiccionales. Tenientazgos. Corregimientos. Cabildos y Regimientos de Naturales.

El desarrollo poblacional: La transformación de los pueblos doctrineros. San Sebastián y sus retoños. Maracay. Villa de San Luis de Cura. Los pueblos de Misión: Camatagua, Barbacoas. Los pueblos de formación espontánea: Ocumare, Santa Cruz del Escobar, Palo Negro, San Francisco de Garabato, Tiara, San Francisco de Cara y Guanayén.

La lucha por la tierra: Pleito entre los vecinos de Maracay y el Marqués de Mijares.

Esclavitud: Aporte de la mano de obra esclava en Aragua.

La economía de producción: Cacao, caña, tabaco, añil, ganado, café. La Guipuzcoana.

Arvide y el añil: Los problemas de tierra, celos contra los vascos. Juan Vicente Bolívar. El Teniente Justicia Mancebo.

Real Hacienda en San Sebastián y otros sitios: Guaruto. La Administración de la Renta de Tabaco en San Sebastián y otros lugares. El Contrabando.

La lucha por la supervivencia: indios y tierras, pleitos: La Costa, Turmero, Cagua, La Victoria, San Mateo, San Sebastián, Camatagua, Barbacoas.

La Iglesia: La actividad eclesiástica en cada pueblo. El primer Vicariato: La Victoria. Erección de Feligresías. Instituciones afines: hospitales. Visitas de Obispos. El Padre Heredia y su lucha por la justicia.

La siembra y la levadura: Los inicios de una rebeldía: Alzamientos, motines, asonadas, indios, esclavos, cimarroneras.

La Casa de Austria: Guerra de Sucesión. El Conde de Capocelatto Y el Padre Heredia.

Los negros de Andresote en tierras aragüeñas: Una doliente peregrinación.

La proyección aragüeña del movimiento de Juan Francisco de León: Los hermanos Córdoba, Matías de Ovalle, Cazorla.

La oculta efervescencia: Miguel Tadeo Caicedo prófugo del Reino de Santa Fe. Barona. Alejandrina Loaiza. El Sotolongo González en Ocumare. Unos prófugos

de Bogotá en La Victoria. Mancebo, José Remigio Ochoa. Expresiones subversivas. El desembarco de los ingleses en Cata.

Aragua y la revolución de 1797 de Gual y España: El Pbro. Juan Agustín González, natural de La Victoria y el Pbro. Don Tomás Sandoval.

Miranda y Ocumare: Fermentos revolucionarios en los Valles de Aragua.

La Conspiración de 1808: Las andanzas del Oidor Don Antonio León. López Méndez.

La cosecha de sueños: 1810 y su repercusión en los pueblos aragüeños. Madariaga en Maracay. Pleitos con Valencia por su separación. El terremoto de 1812 en los diversos pueblos aragüeños. Miranda y la Capitulación.

Los juicios de Infidencia: Retaliaciones.

La cosecha de sangre: Los Curas insurgentes. La Guerra a Muerte. Luchas y combates por la independencia. El Sur de Aragua y la vida de estos pueblos. Persecuciones y secuestros de bienes patriotas.

Los Ilustres Próceres Aragüeños: Más de 50 héroes nativos de los diversos pueblos.

El resultado de un esfuerzo

El resultado inicial de este esfuerzo por recoger esos "Materiales para la Historia Provincial de Aragua", es el trabajo de Incorporación que acompañamos a este Discurso. Comprende, apenas, el tiempo transcurrido entre la primera mirada a las costas aragüeñas y el asentamiento sansebastianero. La historia de las primeras encomiendas y apropiaciones de tierra en esa región, agrupadas dentro de su continuidad provincial.

En el tiempo transcurrido entre la inicial mirada a las costas de Aragua y el asiento de San Sebastián, se eslabona la primera historia de la conquista aragüeña. Son poco más de tres cuartos de siglo los que se doblan sobre esta tierra, con su carga de dura y sangrienta conquista, de luchas despiadadas, de rebeldías y sojuzgamientos. Es sin embargo, después que se cumple la fundación de Borburata y de Valencia y más luego la de Santiago de León, cuando el dominio castellano comienza a hacerse efectivo. Los valles de Aragua se vuelven trilladura para el

caminar castellano. Los valles costeños dejan de ser sitio fácil para los salteamientos y comienzan a ser posesionados por las ansias labrantías. La libertad indígena va siendo sometida paulatinamente bajo la mano dura de los encomenderos. Sólo el Sur, agreste y salvaje, mantiene intocadas sus montañas y llanuras por algún tiempo. Al fundarse San Sebastián, en las estribaciones montuosas que miran al alto llano, también esa región deja pronto de ser coto cerrado y los hombres expanden sus dominios. Primero por las montañas que demoran al Sur de los valles tuyeros y aragüeños, después avanza la frontera hacia los llanos en la función pobladora de los hatos.

En esos años siguientes los repartimientos indígenas aragüeños, toman una ordenada forma desde la recién nacida Santiago de León. Cada vecino obtiene su porción de indios adscritos a un lugar determinado, casi siempre su habitat natural. En su calidad de encomenderos la tierra no les pertenece, pero en general será la base de su apropiación definitiva, mediante mercedes y composiciones que le configuran su titularidad oficial. Son las personas de los caciques y principales, y sus subditos, lo que constituye la propiedad del encomendero y sobre ellos ejercen su dominio donde quiera que estén. Esto da lugar, sobre todo en esos primeros tiempos, a constantes transculturaciones indígenas de un lugar a otro. En Aragua el caso será frecuente, no sólo con las migraciones forzadas de sus nativos, sino con la traída de indígenas provenientes de otros sitios, que aquí encuentran su arraigo permanente.

La explotación de la tierra mediante la mano de obra indígena, adquiere entonces una ordenada característica de primaria economía de subsistencia. Se cultiva en primer lugar para vivir, pero la producción excede al propio consumo y entonces pueden satisfacerse las necesidades de otros vecinos. Después vendrá la economía de producción, el fomento de nuevos cultivos y los pocos indígenas encomenderos cederán el puesto a la mano de obra negra esclava. En uno y otro caso, Aragua será el granero de Caracas.

Las encomiendas vallearagüeñas y de la costa, evolucionan pronto a los pueblos de Doctrina. Así aparecen en la tercera década del siglo XVIII La Victoria, San Mateo, Turmero y Cagua en los valles, y Choroní sobre la costa. San Sebastián, en

cambio, tiene otra característica. Primero es la ciudad y después se hacen los repartimientos a los vecinos, También sus encomiendas tienen una fisonomía distinta, igual que la economía de la región. Parte será agrícola, en los valles serranos y faldas montaÑeras, pero en su gran mayoría será ganadera hacia las llanuras que se abren ilimitadas. La economía de la región, por su misma característica ganadera, pasará aquí con mayor rapidez de la fase de subsistencia a la de producción.

Las encomiendas de San Sebastián no darán origen a nuevas poblaciones, porque su evolución no sigue los mismos caminos vallearagüenses. La ciudad con todo lo vacilante que fue, tuvo la suficiente fuerza cohesionadora para mantener intacta su identidad. Aquí entrará en juego posteriormente otro factor, los misioneros. Ellos darán origen con sus "entradas" y traslados masivos de indígenas, a los pueblos de misión, que se eslabonarán en el vasto territorio llanero que abarcará San Sebastián.

Por su misma amplitud y el diferente objetivo de su economía, la apropiación de tierras también seguirá caminos diferentes en la jurisdicción de San Sebastián y en los valles aragüenses. Esto deberá tomarse muy en cuenta cuando se formule una teoría general de la titularidad de las tierras.

Tal como lo hacemos en Capítulo posterior, tratamos de recoger la historia de las encomiendas y repartos de tierra, discriminados en los diversos estamentos de la aragüense tierra. Así como también su evolución posterior y su concreción en nuevos poblamientos, que harán fértil la tierra de promisión.

Por el camino de las cosas pequeñas y humildes

El trabajo que presentamos no son logros definitivos, sino los apuntes iniciales para desbrozar el camino de una historia. Dios mediante esperamos completar nuestro propósito: recoger en un conjunto orgánico las historias de las poblaciones aragüenses, esenciales, como todos los demás pueblos venezolanos, para la formulación de la gran historia nacional. Ya no pueblos aislados, sino toda la Provincia Aragüense en su época de siembra y fermentación, que abrió las puertas a

la Patria grande. Este, en conclusión, es nuestro objetivo final. Pero a ello se llega por el camino de las cosas pequeñas y humildes. Igual que un paso, una semilla, o una mirada afirman un camino, nacen un árbol o estrenan un querer.

Señores Académicos: Gracias por el honor de admitirme a vuestro lado.

Señoras y Señores: Gracias por vuestra gentil presencia y la generosidad al escucharme.

Gracias Señor: "Tú me envuelves como escudo; gloria mía. Tú me levantas la cabeza". (Salmo 3).